

HERMANN G.



IGNACIO DEL VALLE

HERMANN G.



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta:  Calderón Studio®

Primera edición: junio de 2025

© Ignacio del Valle, 2025  
Autor representado por Silvia Bastos Agencia Literaria  
© de la presente edición: Edhasa, 2025  
Diputació, 262, 2ª1ª  
08007 Barcelona  
Tel. 93 494 97 20  
España  
E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com).

ISBN: 978-84-350-6471-2

Impreso en Barcelona por CPI Black Print

Depósito legal: B 9681-2025

Impreso en España

*Para mi padre, un luchador*

«Supongo que ustedes no pueden comprender  
nuestro mundo»,

Rudolf Höss, comandante de Auschwitz  
durante los juicios de Núremberg

«Que se lleve el diablo la razón...»,

*Lo que hay es lo que ves*, Miguel Bosé

# 1

Cuando el ejército norteamericano detiene a Hermann G. el 8 de mayo de 1945, a las cinco y media de la tarde, en los alrededores de Randstat, éste lleva consigo un equipaje de cuarenta y nueve maletas, varias de ellas cargadas con veinticuatro mil pastillas de opioides, básicamente eukodal y paracodeína, con un efecto similar al de la heroína, pero con un filo parecido a la coca. Es el final de la escapada. El general de brigada Robert Ignatius Stack, ya a una provec-ta edad, en los años ochenta, en el porche de su casa de Virginia, seguía recordando ojiplático aquella visión surrea-lista de un hipopótamo descendiendo de un Mercedes blindado, vestido con un uniforme gris perla a punto de reventar, con «tan sólo» cinco medallas en el pecho. Stack, un individuo imponente, de 1,86 centímetros y 90 kilos, que había peleado en los bosques de Argonne durante la Pri-mera Guerra Mundial, que se había enfrentado al Afrika Korps en el norte de África, que había sido condecorado con una Estrella de Plata por su comportamiento en la ca-tástrofe gringa de Kasserine, que era veterano de la campa-ña de Italia, que estuvo presente en la invasión del sur de Francia y resistió la tralla en Los Vosgos, la última gran ofen-siva alemana en diciembre de 1944; es decir, un soldado bregadísimo, alucinó, literalmente, cuando le preguntó a Hermann G. si hablaba inglés y éste le respondió con un soliloquio acerca de la imposibilidad de vestirse con un uni-forme más acorde a la situación, debido a que los bombar-

deros estadounidenses habían arrasado Berchtesgaden y volatilizado la mayor parte de su fondo de armario. El anciano Stack vuelve a reírse, igual que sonaron entonces sus carcajadas y las de su ayudante de campo. Era Hermann G. en estado puro, pero eso aún no lo sabían. Tras él, una caravana de veinte coches y dos camiones, setenta y cinco personas entre familia, servicio, guardias, generales extraviados... Hermann G., una mezcla de circo, cuentacuentos, soberbia, improvisación, brillantez, patriotismo, osadía, carisma, depravación, encanto, humor, crimen, pasión, exceso, vanidad, megalomanía, dandismo, morbosidad. La foto oficial de un detenido Reichsmarschall el 22 de junio muestra un rostro desfigurado por la grasa, pero la mirada de un ave rapaz a punto de dar un picotazo. Las fotografías son importantes en esta historia, las imágenes, igual que lo fueron para el Tercer Reich. Todas esas aclamaciones unánimes que nos fascinan, las concentraciones, tan potentes, tan violentas; los noticiarios, los documentos cinematográficos, los banderines y las sonrisas y los brazos en alto y las muchachitas de trenzas rubias que sonrían al paso de las comitivas. Especialmente, cuando se han coloreado y se puede ver el rojo de las banderas, el negro de las esvásticas, el gris verdoso de los uniformes. Todas esas íntimas escenas grabadas por Eva Braun en el Berghof con su Afga Movex; en concreto, ese momento en que Hitler se marca unos pasos de baile. Una película infinita produciendo un sortilegio perenne, una ficción nazi dirigida por Joseph Göbbels, que se ha convertido en un modelo para la industria publicitaria. En el fondo, como dice Jep Gambardella en *La gran belleza*, es sólo un truco, sí, sólo un truco; uno que produjo alrededor de ochenta millones de muertos y un inimaginable océano de dolor. Hermann G. también lo sabe: en una de las sesiones durante los juicios de Núremberg, el 29 de noviembre de 1945, se pudieron escuchar las transcripciones de

las conversaciones telefónicas realizadas un día después del Anschluss, el 13 de marzo de 1938. Un paripé orquestado con Joachim von Ribbentrop, futuro ministro de Exteriores del Reich, en esa época embajador en Londres, y concebido para los oídos del servicio secreto británico. Un aroma de vodevil recorre su fingida conversación, tachando su ultimátum a las autoridades austríacas de abominable embuste. Lo que Hermann G. no sabe es que también se leerán las transcripciones de otras conversaciones hechas el mismo día, ordenadas por él a su equipo, con la idea de que, en ese futuro milenarismo del Reich, se pudieran recopilar sus palabras. Quién sabe si pensaba también en escribir su propia «guerra del Peloponeso», y quería tener a mano todas esas notas, las mismas que sobrevivieron milagrosamente a los bombardeos de Berlín, y terminaron en la carpeta de un fiscal, allí, en aquella sala de Núremberg. Se leen entonces más diálogos, otras escenas del vodevil, las reales, ensayadas el 11 de marzo entre Berlín y Viena: son las órdenes de Hermann G. a sus esbirros austríacos, dictadas para la posteridad. Palabras duras, cínicas, imperiosas. Palabras dignas de un gánster, que amenazan con que a Austria le va a caer el diluvio sabiendo que todo es un farol, que el Reich está aún muy lejos de su ultrafamosa Blitzkrieg, de sus demonios verdes descendiendo sobre Creta, de los tanques amarillentos en su inigualable guerra de movimientos sobre las ardientes arenas de la Cirenaica.

La cosa es que funcionó.

Entretanto, durante la lectura de los fragmentos, ¿qué hace Hermann G.? Nuestro hombre apoya la barbilla en el puño y escucha atentamente. Está rodeado por el resto del elenco teatral de aquella época: Arthur Seyss-Inquart, gobernador del Reich en Austria, su último canciller antes de la anexión; Joachim von Ribbentrop, a quien ya conocemos del estreno londinense. Todos escuchan al fiscal con

aplicación mientras lee línea tras línea en un tono monótono. Cuando termina el recitado, toda la sala mira a los acusados, especialmente a Hermann G. Es entonces cuando lo hace, cuando Hermann G. comienza a... reír. Mira a Ribbentrop, y ríe. Éste también ríe, pero de una forma menos abierta, más nerviosa. La risa de Hermann G. sobrevuela el tribunal internacional, la desesperación de Europa, los campos de exterminio, los millones de mujeres violadas, de personas desplazadas, de huérfanos; vuela sobre la hambruna, los saqueos, los niños prostituidos, las ciudades demolidas por los bombardeos... Se mezcla con las carcajadas de Robert Ignatius Stack, arrobado ante su desproporcionada vanidad, que recuerda sentado allá en su porche de Virginia, consciente de que, a pesar de todos sus méritos, él ha entrado en la historia gracias al fortuito encuentro con un asesino (aunque también sabe que la guerra, en un momento dado, se convirtió en algo demasiado poderoso para poder controlarla o comprenderla). Se mezcla con la pregunta que te haces acerca de qué se puede aprender de esa risa, qué podemos aprender sobre Hermann G., sobre nosotros mismos. Podría ser algo agudo y decisivo. Así que... ¿de qué se ríe Hermann G.?

## 2

«Soñaba cruzadas, viajes de descubrimiento que desconocíamos, repúblicas sin historia..., revoluciones de la moral, desplazamientos de razas y continentes: creí en todos los encantamientos»,

*Una temporada en el infierno*, ARTHUR RIMBAUD

Todo empieza con una reliquia, igual que Venecia. Los fundadores de la Serenísima, en su particular *Lebensraum* mediterráneo, recorrieron el Mare Nostrum robando huesos de santos que les proporcionasen una sólida base moral y política para su república. No bastaba con miles de vigas de madera sumergidas. Nunca ha bastado. Se necesitan cimientos metafísicos. Novalis lo expresa mejor cuando dice que la piedra de Sísifo no hubiera rodado hacia abajo si la hubiéramos anclado en el cielo. El Reich también quiso anclarse en el cielo, y lanzó expediciones por todo el mundo en busca de lanzas de Longino, santos griales, arcas de la alianza, sábanas santas..., reliquias sagradas para apropiarse de una mística propia, una categoría espiritual que ni el dinero ni las armas pueden proporcionar. No en vano, la política y lo religioso siempre han estado entrelazados.

En el presente de este pasado, Hermann G. no es un niño sociable. Hermann G. es un niño caprichoso y algo tiránico. A eso hay que añadirle los casi 140 de CI que le

adjudicaron los test durante los juicios de Núremberg, que lo convierten a ojos de esta historia en un superdotado, igual que Alicia Keys, Arnold Schwarzenegger o Shakira. Y lo peor: Hermann G. es un niño muy guapo. Porque ya conocemos el poder irracional que la belleza concede a ciertas criaturas, y crece mientras aprende a controlar dichas herramientas; ejerce su influencia sobre hermanos y hermanas, y sobre su padre, un exitoso funcionario imperial del káiser en sus posesiones africanas, que traerá consigo un aroma a corazón de las tinieblas. Con cinco años le regala su primer uniforme de húsar, le lleva todos los domingos a Postdam para ver los desfiles militares. Freud, que comenzaba a pasar consulta en Viena por esa época, nos hubiera podido explicar los procesos que se estaban dando en su inconsciente y que desembocaron en su desafortada afición por los disfraces, a lo Muamar el Gadafi. Pero hablábamos de las reliquias que, en esta historia, no son más que otra definición de la catarsis.

Para empezar, no sólo hay un castillo, sino dos. También hay un particular Merlín para nuestro caballero, su padrino, Hermann, este apellidado Epenstein, un doctor (judío) con una considerable fortuna que compra el castillo de Mauterndorf, cerca de Salzburgo, y otro a treinta kilómetros de Núremberg, Burg Veldenstein. Son fortalezas en muy mal estado, pero el doctor se gasta una fortuna y, tras devolverles su esplendor original, le propone a la familia G. que viva en Veldenstein. De repente, Hermann G. se encuentra inmerso en el escenario ideal para sus ensoñaciones, un suntuoso decorado medieval en medio de las montañas bávaras. Armaduras, estandartes, tapicerías de los gobelinos, lanzas y escudos y enormes montantes... Sus carreras por los inacabables pasillos le llevan a recordar las hazañas de los caballeros teutónicos, con sus mantos blancos decorados con cruces negras: el sitio de Damietta;

los hechos del Stupor Mundi, Federico Barbarroja, cuyo nombre, décadas después, bautizaría la invasión de Rusia; la conquista de las tierras bálticas, «mientras se salvaba a los paganos matándolos». Durante sus escaladas por las peñas circundantes descubre que es el propietario de una joya, la Schwindelfreiheit, la inmunidad al vértigo: no tiene miedo al vacío. Entretanto, comienza a darse cuenta de que sólo quien se enfrenta a dragones que vomitan fuego y viven con una dieta de clavos y trozos de vidrio y, de vez en cuando, carne humana; sólo quienes besan hadas, alcanzan el prestigio. Es el mismo tiempo romántico en el que los límites se desdibujan y las fronteras se sobrepasan, ese mar de niebla sobre el que Caspar Friedrich pintó a su caminante. Será desde ese mismo mar de los Sargazos, esas zonas de irrealidad, desde las que en el futuro se organizarán acciones monstruosas, obscenas, inimaginablemente crueles. La madre de Hermann G. le descubrirá un día en uno de esos apartados salones, rodeado de innumerables soldaditos de plomo, vestidos con variedad de uniformes: su hijo ha colocado espejos para dar la impresión de que el ejército es aún más poderoso. Todavía es responsable sólo de sus sueños, no de sus consecuencias, pero su madre, entre devota y contrariada, le observa con atención. Porque las madres siempre comprenden la esencia de sus hijos, y es capaz de intuir algo que vibra sordamente en el interior de su criatura, una locura que se activa con la mayor facilidad, y poco después confesará durante una conversación anodina que su hijo será un gran hombre o el mayor delincuente de Europa.

Mientras, la Niebla.

Toda esa Niebla romántica, esas emociones puras e irracionales, se mueven lentamente por los pasillos de la fortaleza, se encharcan en los jardines, se enroscan en los corazones de los hombres: en el de su padrino, Hermann

Epenstein; en el de su madre, Franziska, que comienzan una relación de amantes con el visto bueno de su padre. De nuevo, Freud tendría algo que decir. La Niebla, que se convierte en una abstracción para Hermann G., una poesía que podía significar cualquier cosa, una plataforma de lanzamiento para sus anhelos o una metáfora sobre la pérdida y la frustración. Y el niño se extravía para siempre en ese bosque psíquico donde la megalomanía se enreda con la lascivia; el niño comienza a intuir cómo opera el mundo adulto, el terror y la paranoia, las líneas que separan la inocencia de la corrupción. Todo se enreda, sí, y el daño ejercido en su psique será luego el daño de todo un país, el de toda una época.

Hermann G. crece y se convierte en un matón. Es agresivo, perezoso. Suelta discursos erráticos, estrafalarios, arrogantes. En ocasiones, ligeramente desesperados. Él es un señor feudal. Su genealogía se remonta a épocas fundacionales. El niño se convierte en adolescente de internado en internado a base de fugas, huelgas, peleas con compañeros y profesores. Él es un caballero teutónico, y toda aquella mierda no le va. Al final, es el inevitable Merlín quien convoca el encantamiento para salvar al héroe: mueve los hilos del magicismo y la cabalística para que Herman G. sea admitido en la escuela de cadetes de Karlsruhe. *A priori*, todo indica que será otro desastre, pero, para sorpresa de todos, la disciplina estricta, la equitación, la esgrima, el tiro con fusil, pero, sobre todo, los uniformes, atrapan su mente. Es la Niebla de nuevo, esa de la que habla Clausewitz, en la cual lo vivo no tiene límites, y va directo a la muerte. Es la Niebla la que lo transforma en un estudiante ejemplar, la Niebla la que lo lleva a ingresar en 1910 en la academia militar de Gross-Lichterfelde, la West Point prusiana. La Niebla la que lo licencia a los dieciocho años con el rango de alférez y le empujará a celebrarlo con un viaje

a Italia, donde tomará contacto por vez primera con Bellini, con Rafael, con Leonardo. Aún no tiene gusto, pero reconoce la calidad, puede mirar algo durante largo tiempo, puede sentir la transfiguración. Esa semilla de belleza quedará plantada en su espíritu, e igual que la semilla del odio, crecerá cuando las circunstancias sean las adecuadas. También se irá a escalar a los Dolomitas para seguir labrando esa carencia de vértigo: Hermann G. no parpadea ante el abismo.

Pero el héroe necesita pruebas.

El héroe, ya sea Gilgamesh, Odiseo, Frodo o Luke Skywalker, necesita un periplo de aventuras que lo forje. Suelen ser doce pruebas, en las que se encontrará con un mentor y se enfrentará a la muerte y regresará al hogar totalmente transformado. *We can be heroes, just for one day*. Hermann G. ya ha sentido la llamada de la aventura, y, aunque todavía no ha encontrado a su maestro, las desgracias comienzan de inmediato. Merlín se enamora de una Lolita y abandona a su madre. A continuación, invita a toda la familia a abandonar el confort de sus castillos, obligándolos a mudarse a una modesta casa en la periferia de Múnich. Su padre no soporta el peso de la humillación (y unos cuernos sin castillos son menos llevaderos), y muere alcoholizado. Su madre se desmenuza a ojos vista por la pena. Aunque el peor revés aparece maquillado como un don de la providencia: Hermann G. es asignado al 112.º regimiento de infantería del 6.º ejército. Son los primeros días de enero de 1914.

### 3

«No voy a vivir para siempre, pero cada minuto que paso ahí arriba es para siempre»,

*El Barón Rojo*, ROGER CORMAN, 1971

Debe de ser una experiencia extraña conocer a alguien que está más loco que tú. Eso debió de pasarle a Hermann G. cuando conoció a Manfred Albrecht von Richthofen, más conocido como el Barón Rojo. En las fotos, Manfred parece un chico risueño, y quienes le conocieron hablan de un joven tímido, buena gente, pero las crónicas cuentan que en el aire se transformaba en un ser frío y agresivo. Derribó ochenta aviones durante los veinte meses que pasó combatiendo, con todos sus cráneos destrozados, sus fuselajes cayendo envueltos en llamas, sus gritos de terror y de dolor. Eso entusiasmaba a Hermann G, que además compartía con él un universo de caballeros que combaten cara a cara, mirándose a los ojos; justas modernas con aparatos cubiertos de escudos y blasones, lejos del infierno de lodo y metralla de las trincheras. Sin embargo, aún quedan un par de años para que se encuentren.

Hermann G. tiene veintiún años en 1914. Uno se metía en la guerra *für Gott, Kaiser und Vaterland*. También porque a esa edad es difícil distinguir entre el valor y la inconsciencia o la pura imbecilidad, los límites no están claros.

Estamos muy lejos de la «coventrización», del arrasamiento de Hamburgo o Dresde, del ridículo como jefe de la Luftwaffe, cuando, durante una gira por Renania en 1939, declara que ni una sola bomba caerá sobre Alemania, y si un bombardero enemigo vuela sobre el territorio, es que no se llama Hermann G, le podrán llamar Meyer (lo de «Meyer» fue uno de los tres chistes más célebres de la época). También lejos del payaso ramplón a quien Ribbentrop apodararía el «árbol de Navidad» por su afición a las condecoraciones; lejos de los excesos de quien criaba leones en sus palacios; lejos de los 127 kilos que llegaría a pesar, con unos rasgos que quedarían desfigurados por la grasa. Porque, en este momento, Hermann G. es un tipo agraciado, con unos profundos ojos azules cuya caída hace estragos entre las chicas. Y la chispa que salta a las once de la mañana del 28 de julio en Sarajevo y quemará a veintidós millones de personas, provocando que el abuelo de la reina Isabel II tenga que cambiar la denominación de su casa de Sajonia-Coburgo Gotha por el más conocido de Windsor, y que los franceses intenten sustituir el nombre del agua de Colonia por agua de Provenza (intento fallido), comienza a excavar los primeros metros de los futuros cuarenta y cinco mil kilómetros de trincheras. Millones de jóvenes son guiados no hacia la madurez, la cultura y el progreso, sino hacia una patria malinterpretada, y, más allá de la retórica inflamada, hacia los hospitales con su atmósfera de fenol y gangrena, y las tumbas donde sus cuerpos se pudrirán mientras el cabello y las uñas les seguirán creciendo. Paradójicamente, el primer muerto de la Primera Guerra Mundial no será europeo, sino africano: caerá en la Togolandia germana, una colonia que será tomada por destacamentos británicos desde Costa de Oro. Son los primeros disparos de los fusiles, y tarde o temprano la Niebla comparece inefable, atraída por el ruido y el calor de la humanidad. Será la madru-

gada del 22 de abril de 1915, en el pequeño pueblo de Ypres, en Bélgica. Los soldados ven una enorme nube verdosa que avanza hacia ellos por la Tierra de Nadie, con varios metros de alto, y una anchura de seis kilómetros; avanza y avanza, y a su paso, como si fuese un vampiro, se marchitan los árboles, los animales fenecen, las aves caen del cielo. Acaba por empozarse en las trincheras y los hombres convulsionan, se ahogan en sus propias flemas. El gas cloro acaba con mil quinientos soldados en apenas media hora. El impacto de este primer ataque con gas de la historia será tan duradero en el subconsciente de toda una generación, que Hitler, que seguramente no hubiera dudado en utilizar la bomba atómica si la hubiera conseguido antes que los americanos, y a quien sus científicos le fabricarán cerca de siete mil toneladas de gas sarín durante el siguiente conflicto, se negó a utilizarlo en los campos de batalla. Hitler había visto sus efectos cuando no era más que un soldado raso, y los había sufrido él mismo.

Entretanto, Hermann G. se une a esa marea entre bravatas y timbales y sombreros al aire y palmadas en la espalda y trenes cargados de soldados que se asoman a las ventanillas. «Bajo una lluvia de flores, en una embriagada atmósfera de rosas y sangre», cantará el *robocop* Ernst Jünger. Ejerce como explorador, reconoce las líneas enemigas, siempre con temeridad, porque siempre será un adicto, y comienza por ponerse de adrenalina hasta las cejas. En él, el valor adquiere una cualidad casi mineral: se mueve bajo el fuego nutrido de la artillería, entre los gases, los alambres de espinos, los nidos de ametralladoras, las trincheras interminables, las ratas del tamaño de pequeños gatos. Le darán su primera Cruz de Hierro. Una noche, escudriña la Tierra de Nadie: un área dantesca, llena de enormes cráteres y tocones de árboles quemados que desprende un humo negro, repleta con centenares de cadáveres. Mientras se

sopla las manos, alguien lanza un cohete que estalla en rojo y plateado, luego despliega un pequeño paracaídas, y va descendiendo lentamente, entre pequeñas estrellas verdes, rojas y blancas, con una luz parecida a la del día. Bajo su luz espectral, aturdido por el alcohol y la adrenalina, cree ver a las valquirias, seres siniestros que eligen a quienes van a caer en combate. Se mueven entre los cuerpos descuartizados por los obuses y las ametralladoras, y Hermann G. observa aterrado cómo van recogiendo los miembros humanos que utilizarán para tejer inmensos telares sangrientos.

En las primeras semanas de septiembre, de todo lo que se podía romper, se rompe lo más inaudito: sus rodillas. Un reumatismo articular por el frío y la humedad lo evacúa a un hospital de Metz, y siente la rabia que te crea algo contra lo que no puedes luchar, algo más fuerte que tú. La gloria y las condecoraciones se alejan; sin embargo, la vida se organiza alrededor de unos pocos acontecimientos que nos detienen o nos impulsan, y a partir de ellos, las consecuencias se disfrutan o se sufren. Recibe la visita de su amigo, Bruno Loerzer, quien le habla de la nueva arma de aviación, un lugar a salvo de la humedad, de aquella guerra de lodo y metralla, y en la que sus actores duermen en castillos bajo sábanas limpias, se levantan con el olor del café recién hecho, y disfrutan de tres comidas calientes al día. Es decir, un lugar para caballeros andantes. Lo que nadie le cuenta es que vuelas a cero grados y sobre 80 litros de combustible, que la sensación es la de ir a toda velocidad por la autopista y sacar la cabeza por la ventanilla. Que la esperanza de vida de un piloto novato es de once días. No obstante, Hermann G. lo tiene claro: solicita el traslado, presiona, insiste, tira de contactos. Logra que le destinen como observador en un destacamento aéreo, será ya octubre. Ha pasado el Marne. Llegará Verdún. Hace poco que Londres ha recibido su primer Blitz, veinticinco años antes

del famoso: unos dirigibles bombardean el East End y matan a cuarenta personas. Las multitudes se acercan a ver la «guerra de verdad» entre indignadas y curiosas; algunos son conscientes de que es el primer ataque directo que reciben las islas desde que Guillermo el Conquistador y sus normandos cruzasen el canal ochocientos años atrás, pero casi ninguno cae en la cuenta de que se acaba de inaugurar un nuevo agente de destrucción: el bombardeo aéreo.

Y Hermann G. ya vuela sobre las posiciones francesas en un frágil biplano Albatros, con un gesto de tensión en el entrecejo y medio cuerpo fuera para enfocar su cámara de quince kilos, e ir cambiando las láminas de vidrio las veces que haga falta. No tiene vértigo, no tiene miedo. Localiza las tropas enemigas, confecciona mapas, va guiando con un primitivo código morse a la artillería prusiana. De vez en cuando, lleva con él un fusil Máuser y pequeñas bombas grises, y, además de sacar fotos, le dispara a todo bicho viviente. Le darán su segunda Cruz de Hierro. Pero él quiere más, porque los Messi, los Cristiano Ronaldo de la época son los ases aéreos: los pilotos de caza. Se venden postales con sus imágenes, como si fueran cromos de fútbol, y se montan peñas en las diferentes ciudades. Los ídolos manejan aparatos que alcanzan los doscientos kilómetros por hora, llegan a techos de cinco mil metros, disfrutan de perspectivas inimaginables sobre montañas y ciudades. Ellos son los que ganan galones y condecoraciones, los que más admiración despiertan. En junio de 1915 logra que le destinen a una escuela de aviación, allí le enseñarán los protocolos para intentar sobrevivir: búsqueda incesante de la cola de tu enemigo; disparar a corta distancia y controlar la munición; no interrumpir los ataques cuando se comienzan; no volar recto más de treinta segundos y ojo con los señuelos; no cruzar las líneas enemigas, donde nos esperan sus ametralladoras; atacar en grupos, y dos aviones jamás

deberán emprender un ataque contra el mismo oponente... Se combate viendo el rostro del adversario, muy lejos de los futuros cazas supersónicos que podrán localizar a un enemigo a kilómetros de distancia y dispararle un misil teleguiado, en muchos casos sin haber llegado siquiera a establecer contacto visual. Y por mucho que se romaticen las relaciones entre los pilotos, esas invitaciones a cenar a los aviadores capturados, esos homenajes a los antagonistas muertos, con sus ramos de flores y los mensajes que se lanzan en tubos de metal, el único objetivo es incrustar una bala en el cráneo del enemigo y acabar rápido con el combate. Como dicen en la película de Corman: el juego consiste en tomar, no en dar.

Hermann G. saca al superdotado que lleva dentro y en apenas cuatro meses asombra a sus instructores con las más variadas acrobacias. En octubre le asignan una escuadrilla de cazas, comienza a derribar aviones. Uno en noviembre, otro en junio de 1916; en octubre obliga a aterrizar a un bombardero francés; esto es pan comido, piensa Hermann G. Cuando estás en el aire, la muerte está tan cerca de ti como tu sombra y tienes que aprender a vivir tu vida de acuerdo con ello. Si eres capaz de hacerlo, puedes ser testigo de un mundo incluso más hermoso del que Dios pudo imaginar. Tanto va el cántaro a la fuente, y con tanta convicción, que acaba por encontrarse con seis Sopwith-Camel: le agujerean el depósito, el fuselaje y una cadera. Aterriza de milagro tras las líneas alemanas, medio desangrado, cerca de un cementerio que podría ser la perfecta alegoría de su destino si no fuera porque es una carta que de repente se voltea, y la muerte se transforma en una iglesia adyacente convertida en un hospital de campaña. Hermann G. pasa directamente de la cabina a la mesa de operaciones. La intervención resulta extremadamente complicada, pero un cirujano entregado le salva la vida, ayuda-

do por una constitución tan robusta que en los siguientes años soportará océanos de champán y toneladas de drogas. Pero todo tiene un precio. La salvación a costa de invocar a un monstruo que no pertenece a este cuento, y que no es esperado por nadie, igual que la madre de Grendel en el poema épico *Beowulf*. Es la «Hermana Morfina» que canta Marianne Faithfull, cuándo volverás a venir, *Sister Morphine*, por favor, convierte mis pesadillas en sueños, ¿no ves que me estoy desvaneciendo?, pon tu fría mano sobre mi frente, demuestra que las cosas no son lo que parecen... A partir de ese día, y en una progresión ascendente, se llegará a chutar hasta cuatro gramos diarios. Hasta el final.

Hicieron falta seis meses de convalecencia para que Hermann G. volviese a cabalgar. «No quiero ser un hombre ordinario –escribe a una novieta–, quiero salir del rebaño». En los prolegómenos de 1917, la infantería está enterrada en un infierno de lodo, mientras las batallas en el aire se han endurecido. De los románticos combates solitarios del principio de la guerra, se ha pasado a cielos cubiertos con más de cien aviones, máquinas cada vez más poderosas con una potencia de fuego, como en el caso de las ametralladoras dobles Spandau, de mil seiscientas balas por minuto. En mayo le nombran comandante de una escuadrilla, y para noviembre ya lleva acreditadas quince victorias, fantástico, es evidente, pero muy lejos de aquel tótem que es para ellos el Barón Rojo, con sesenta y un derribos y un *work in progress*.

## 4

«Un cerdo que no vuela es sólo un cerdo»,

PORCO ROSSO

Debe de ser una experiencia extraña conocer a alguien que está más loco que tú. Eso debió de pasarle a Hermann G. cuando conoció a Manfred Albrecht von Richthofen, más conocido como el Barón Rojo. Esto ya lo hemos escrito. Hermann G. había abrigado la esperanza de que Von Richthofen no le cayese bien, pero poseía la energía de un maníaco, un brillo de demencia en sus ojos, ¿cómo podría resistirse? Era libre, y como hombre libre hacía que esta libertad se reflejase en el resto de los hombres. Un poeta que en el aire veía lo que nadie ve, y como todo poeta, incapaz en tierra de ver lo que está claro para todo el mundo. Lo más extraordinario era su juventud; no sabía por qué había pensado en él como en alguien mayor, no se le había ocurrido que todos eran precoces, cada uno a su manera. Pero vivía una vida tan por delante de ellos... Aunque, conociendo a Hermann G., seguro que le hubiera sacado el árbol genealógico que luego, ya como mandamás del Reich, se había hecho falsificar hasta remontarse a Federico el Grande para asegurarle que, en cuestión de alta prosapia, jugaban en la misma liga. Manfred von Richthofen era el hombre que dirigía el Circo Volante, una escuadrilla de

aviones pintados de colores, carenados blancos, negros, verdes, amarillos, y en especial, el suyo, de un rojo brillante. Richthofen había llegado a la conclusión de que en el cielo era imposible camuflar un avión, por lo que decidió buscar el efecto contrario: que el enemigo supiera que llegaba el lobo feroz. El mito espléndido continúa ocultando los picados desesperados de los que intentan huir con la cola mordida; los nervios destrozados, la mierda, la sangre; los cráneos reventados por las balas; la combinación de tela, carburante, aceite y madera que se transforma rápidamente en una barbacoa, obligando a los pilotos a saltar al vacío para evitar una muerte lenta y dolorosa.

Sin embargo, para Hermann G. la guerra no es un problema filosófico, sino la respuesta a todo. Richthofen es sólo un adelanto de la anagnórisis que experimentará con Hitler, un espejo en el que desea reflejarse. *Yo seré más grande que Richthofen*, dice para sí, con la boca pequeña, pero con la cantidad justa de desafío. Durante esa época se desmelenan, deja salir la rabia que siempre ha estado en su interior: está furioso y dispone de una ametralladora Spandau para firmar en el cielo. No cabe duda de que se le ha concedido un poder, es una investidura, como si le hubieran armado caballero. Frenético, desbordado por la adrenalina y la farlopa que se mete antes de volar (la cocaína, dulce prima de la morfina, canta la letra de *Sister Morphine*), está atento a cada clave, a cada signo infinitesimal, y todo resulta emocionante, matar es sorprendentemente fácil, y cuando aterriza, con la cara negra por la pólvora quemada, respira el buen aire fresco de la vida, todo parece más intenso, los campos, la comida, los cigarrillos, el viento, consciente ya de una nueva verdad que los civiles tardarán en comprender: que las guerras ya no las podrán ganar los caballeros andantes, sino los hombres, y sólo Dios sabe de lo que son capaces. En estas circunstancias, siempre se junta

el hambre con las ganas de comer: conocerá a Ernst Udet, otro «personaje»; un as que acabará la guerra con sesenta y dos derribos, que vuela con un enorme «LO!» pintado en el fuselaje (las iniciales de su prometida), alcohólico y co-cainómano, lo que no obstará para que lo fiche a fin de ayudarlo a dirigir la Luftwaffe, y que acabará creando en el ministerio el mismo caos que creó sobre los cielos de Flandes. También conocerá a otro as, Daniel Gehrt, que tuvo la desgracia de ser su amigo y terminaría por sufrir un destino macabro pergeñado por algún tipo de pique entre los dos que nunca conoceremos.

En el terrario, la guerra entre las hormigas continúa. Los disparos de los obuses, el sabor amargo de la pólvora, los gritos de los caballos desventrados, los rostros color ceniza. La Niebla continúa deslizándose entre los combatientes en forma de ese gas que llega a ras de suelo y se introduce en todas las anfractuosidades, un fantasma que rastrea tímidamente aquí y allá antes de osar extenderse en largos jirones vaporosos, de embudo en embudo, y si los hombres no son capaces de colocarse a tiempo la máscara, de anudar bien las correas y respirar el caucho pestilente que les confiere realmente un rostro de insecto, pasarán los siguientes días escupiendo pedazo a pedazo sus pulmones abrasados. El día que pueden compartir una lata de langosta, una taza de té con ron o un poco de manteca de cerdo es como una visión seráfica.

A pesar de que los ejércitos están cada vez más exhaustos, el imperial prusiano se ha colocado a menos de ochenta kilómetros de París, lo que, a posteriori, cuando llegue la derrota, le hará buscar la famosa excusa de la «puñalada por espalda», un veneno que arruinará a las fuerzas moderadas por décadas, y que, en modo fideísta, defendía que Alemania no había sido derrotada militarmente, sino que había sido traicionada por los políticos y los quintacolumnis-